

Uruguay Inmune (Entrevista a Eduardo Gudynas)

Entrevista a Eduardo Gudynas

Diez encuentros incómodos con América del Sur



M^a Ángeles Fernández / J. Marcos

Uruguay Inmune

Entrevista a Eduardo Gudynas

CRAC
ediciones

M^a Ángeles Fernández
J. Marcos

CRAC
ediciones

Sobre este libro

“La gran crisis no es ecológica, es política. El hombre no gobierna hoy, sino que las fuerzas que ha desatado lo gobiernan al hombre”. Es una de las muchas frases que marcó el histórico discurso del presidente de Uruguay, José Alberto Mujica, en la conferencia Río+20 en junio de 2012. Un discurso que fue visionado, comentado y aplaudido por cientos de miles de personas en todo el mundo y que despertó un enorme interés mediático sobre ese país y su gobernante, apodado “el presidente pobre” por su renuncia a las comodidades habituales del cargo.

Pero, ¿es coherente Mujica con sus propias palabras? ¿Y es realmente Uruguay el pequeño vergel autosuficiente de América del Sur? El investigador y secretario ejecutivo de la organización no gubernamental CLAES Eduardo Gudynas dibuja en esta entrevista a un presidente pragmático cuyo Gobierno es “el que más ha atacado la legislación ambiental” uruguaya y que ha encabezado una gestión plagada de claroscuros. Además, plantea un análisis estructural sobre la actual situación económica y política en toda América del Sur.

El encuentro con Gudynas que conforma este *Uruguay Inmune* abre el e-book de entrevistas *Diez encuentros incómodos con América del Sur*, publicado por Ediciones Crac en octubre de 2013.

Uruguay Inmune

M^a Ángeles Fernández

J. Marcos



www.edicionescrac.com

www.facebook.com/edicionescrac

[@EdicionesCrac](https://www.instagram.com/EdicionesCrac)

Copyright © del texto: **M^a Ángeles Fernández y J. Marcos, 2013**

Copyright © de esta edición: **Ediciones Crac, 2013**

Portada: **Antonio J. Guardia / Rocío Alonso**

Uruguay Inmune contiene una de las diez entrevistas recogidas en el e-book *Diez encuentros incómodos con América del Sur*, publicado por esta editorial.



Ediciones Crac – Todos los derechos reservados

www.edicionescrac.com

Síguenos en Facebook y Twitter:

www.facebook.com/edicionescrac.com

@EdicionesCrac

Uruguay Inmune

M^a Ángeles Fernández
J. Marcos

“Mujica fue uno de los promotores de la transnacionalización de la agricultura y la ganadería”

El uruguayo Eduardo Gudynas es investigador del Centro Latino Americano de Ecología Social (CLAES), donde analiza los límites y las posibilidades que ofrecen la conservación y tratamiento de la Naturaleza, la integración regional y la globalización. Pinta de claroscuro la gestión del presidente Mujica y denuncia que sus discursos, con buena acogida en la izquierda europea, “son muy distintos a las prácticas concretas de su Gobierno”.

Uruguay. Tres millones y medio de personas en una superficie más grande que Inglaterra. La tasa de desempleados apenas supera el seis por ciento. El presidente, José Alberto ‘Pepe’ Mujica, cosecha reconocimientos y aplausos por doquier, con medidas como la de bajarse el sueldo un 90 por ciento y con discursos que, frente a la plana mayor de Naciones Unidas, denuncian el “progreso material ostentoso y explosivo” al que ha conducido “una civilización hija del mercado, de la competencia”. Es la cara más amable del modelo uruguayo, la externa, la que ofrece de puertas hacia afuera. En su interior, críticos como Eduardo Gudynas, investigador además de secretario ejecutivo de la organización no gubernamental independiente CLAES, acusan al mandatario de ser “el que más ha atacado la legislación ambiental”.

La Tercera Ley de Newton sostiene que a toda acción le sucede siempre una reacción igual y contraria. ‘Acción y reacción’ es precisamente la fórmula que da título a la bitácora personal de Gudynas. El trabajo de este erudito, miembro del Panel Intergubernamental de Cambio Climático en 2010, apunta a las estrategias de desarrollo sostenible en América Latina con especial énfasis en la conservación de la Naturaleza. Su diagnóstico es una bofetada fresca de autocrítica colectiva: “Todos somos sujetos de cambio, todos tenemos responsabilidad”.

Hace muy pocos meses falleció Hugo Chávez, el presidente de Venezuela. ¿Cómo crees que afectará su muerte al panorama político de América Latina?

(Silencio) No lo sé, necesito pensarlo.

¿Crees que puede influir en el modelo energético y en el modelo de desarrollo que impera en el continente?

Es muy temprano para decirlo porque, por un lado, Chávez no representaba un modelo energético distinto, en el sentido de la explotación y el uso del petróleo. Es más, en las negociaciones sobre el cambio climático, el Gobierno de Venezuela casi siempre se alineaba con los países de Oriente Medio, productores de petróleo, que son los que tienen las posturas más regresivas frente al cambio climático. Pero por otro lado, el Gobierno de Chávez era el único que intentaba una estrategia de integración regional distinta, basada en compartir recursos naturales. Hay cuestiones positivas y cuestiones negativas. Es muy temprano para saber cómo afectará la muerte de Chávez al continente.

Algunos Gobiernos de América del Sur son ubicados en la izquierda. ¿Realmente hay una posición fuerte de las izquierdas que haga frente a la postura neoliberal? ¿o la etiqueta de ‘izquierda’ es muy laxa?

A los llamados Gobiernos progresistas de América Latina, donde hay diferentes tipos de izquierda, sí les corresponde ese rótulo de ‘progresismo’ que ellos se adjudican a sí mismos. Otra discusión distinta es si para diferentes grupos sociales ese progresismo es suficiente o no. Para algunos sí, como por ejemplo para muchas centrales sindicales; pero para otros no, como por ejemplo para los grupos indígenas.

Otra discusión paralela, que a mí me resulta bastante sorprendente, es la de los académicos con influencia que intentan analizar el progresismo, especialmente el sudamericano, a partir de los cánones políticos de la academia europea, porque eso no funciona. Nosotros estamos en una izquierda claramente distinta a los sueños de la sociedad democrática de tipo europeo, especialmente del modelo imaginario alemán. La de América Latina es una izquierda que intenta fortalecer el componente de justicia social, lo cual hace entendible que se llame a sí misma izquierda; pero tiene muy serias limitaciones para atender las demandas de los nuevos movimientos sociales, caso de las cuestiones de género, las ambientales, las interculturales y, especialmente, el tema indígena. Incluso más allá de la retórica indígena que hay en el continente, existen muchas dificultades. Es una izquierda donde la etiqueta de ‘progresismo’ está muy bien colocada como fanática de la idea de progreso. En ese sentido, es una izquierda muy occidental. Lo que se debate es cómo llevar adelante ese progreso.

¿Cuáles son las diferencias y las similitudes clave entre las izquierdas a uno y otro lado del océano Atlántico?

Las recetas de ajustes fiscales, como las que se han aplicado en España o en Grecia, son inviables en América del Sur. Los Gobiernos no las llevarían adelante, buscarían las salidas por otro lado. Dicho eso, también hay que reconocer que esta alternativa de izquierda padece algunos problemas similares a las alternativas europeas de izquierda, como su incapacidad para visualizar otras estrategias de desarrollo y otras alternativas en un sentido sustantivo. Por lo tanto, son igualmente proclives al uso intensivo de los recursos naturales, resisten las medidas de protección ambiental y disputan la protesta ciudadana.

Hay otra diferencia que me asombra bastante, y es que, hasta donde puede verse, los movimientos de protesta europeos siguen siendo movimientos fragmentados y focalizados en demandas ubicadas en el ámbito de los síntomas, como lo que sucede con el acceso a la vivienda, con los créditos, con las oportunidades laborales, o en el movimiento de los indignados españoles, que no ha logrado agruparse y generar una corriente de transformación política colectiva de ámbito nacional. Existe un problema más de fondo, más allá de la política partidaria, y que también ocurre, bajo otras dinámicas, en América del Sur. Parece haber un cierto agotamiento de los modelos, de las estructuras político-partidarias, y eso explica un poco por qué defiendo que los cambios tienen que ser sobre todo culturales, más que partidarios, pues la cultura precede a las expresiones partidarias.

En este panorama de la izquierda en América Latina, ¿cuál es el papel que juega Uruguay, y en concreto el Gobierno de Mujica? ¿Qué tipo de izquierda representa?

El Gobierno de Mujica es la izquierda progresista. Es una izquierda bien inusual. Hay algunas cosas de la socialdemocracia que a mí me gustaría tener. Por ejemplo, en la socialdemocracia de corte europeo, con todos sus claroscuros, había una construcción del concepto de ciudadanía. Una construcción, incluso en la oposición o en los sindicatos, de cuestiones sobre los derechos ciudadanos. Pero en buena parte de la izquierda del progresismo, especialmente en la que representan Evo Morales o Correa, o en la que representaba Chávez, esa cuestión de los derechos ciudadanos está muy debilitada y no hay indicios de que sea fortalecida. Por ejemplo, después del triunfo de Correa en Ecuador, el presidente está considerando restringir y recortar ciertas potestades en el poder judicial. También hay una criminalización de la protesta y de las demandas en marcha en varios países. Y se ha divulgado que en Argentina la gendarmería nacional mantenía operaciones de espionaje de líderes nacionales extendidas en todo el país. Hay un problema de debilitación de los derechos.

Eso no ocurre en Uruguay, donde hay esa cuestión heterodoxa, tan llamativa de estas izquierdas, que es un Gobierno progresista con una fuerte promoción de la inversión extranjera. Mujica, no sólo en este Gobierno sino también en el anterior mandato, cuando era ministro de Agricultura, fue uno de los promotores de la transnacionalización de la agricultura y la ganadería en Uruguay, con la llegada masiva de inversores extranjeros. Pero, por el otro lado,

es posiblemente el Gobierno más republicano en el sentido conceptual de la palabra, no en otro sentido, de salvaguarda, promoción y respeto a ese tipo de derechos. Y eso va desde cosas sustantivas, como por ejemplo las cuestiones del espionaje o las demandadas en Ecuador y en Bolivia, a cuestiones simbólicas que no son menores, como el hecho de que buena parte de las prácticas de promoción social que hace el Gobierno no están acompañadas de una masiva publicidad gubernamental, como sí sucede en Argentina, Bolivia, Ecuador y Venezuela. Esa masiva publicidad gubernamental del tipo ‘el Estado te ayuda’, ‘el Estado soy yo’, ‘yo soy bueno y te ayudo’ con Mujica no existe; tampoco existía con Tabaré Vázquez [1]. Forma parte de esos claroscuros que tienen todos los países.

Y estas peculiaridades de la izquierda de Uruguay, ¿por qué crees que no son tan conocidas en Europa?, ¿el perfil por el que ha optado Mujica es bajo o acaso el peso del país no es comparable al de otros Estados?

No tengo esa percepción de que la izquierda uruguaya no sea tan conocida en Europa. La izquierda uruguaya siempre fue un modelo de coordinación de los partidos políticos de izquierdas, porque es la coalición de izquierda más vieja de los últimos 30 ó 40 años. Fue por ejemplo el modelo para el Partido de los Trabajadores de Brasil y para las coaliciones que se intentaban en Argentina, al igual que para algunos de los ensayos que se hicieron en otros países. En la estructura de coalición de izquierda el modelo siempre fue el uruguayo.

Por otro lado, en la dinámica uruguaya, a diferencia de lo que sucede en los países andinos y en Argentina, pero no tanto en Brasil, el Gobierno es de la coalición, o sea, es del colectivo y no del presidente. Acá los niveles de acción personalista están mucho más acotados y tienen otros contrapesos. Un ejemplo para poner esto en perspectiva: en los Gobiernos de Néstor Kirchner y de su esposa Cristina Fernández no hay reuniones de gabinetes de ministros, mientras que en Uruguay la reunión del Consejo de Ministros existe; en nuestro sistema constitucional el Consejo de Ministros es una institución en sí misma. Por otro lado, tal vez al igual que en Chile y en Brasil, se mantiene un sistema de partidos vigoroso. Aquí hay partidos de 150 años o más, los más viejos del mundo actualmente, y por lo tanto la adhesión popular es en muchos casos primero al partido y después a la persona.

Acusas al Gobierno actual de Uruguay de distinguirse por su apuesta por la inversión extranjera, ¿es posible un Uruguay sin la presencia de empresas de otros países?

Es posible un Uruguay sin la presencia de empresas de otros países. Yo no estoy en contra de la inversión extranjera, pero creo que hay que analizar el tipo de inversión que queremos para, después, ver cómo se regula. Debe tener efectos encadenados de reorientar el desarrollo hacia estrategias de mayor empleo, mayor justicia y menor impacto ambiental. Ésa es la gran discusión que le falta a buena parte de la izquierda sudamericana: ¿en qué utilizamos la inversión? y, sobre todo, ¿cómo la regulamos? Para que vean los claroscuros de Mujica: su Gobierno fue el primero en la historia de Uruguay que firmó un acuerdo secreto de inversión

I Anterior presidente de Uruguay.

para la construcción de una planta de celulosa, originalmente con capitales españoles; ese acuerdo se divulgó a la prensa tiempo después y tuvo que hacerlo público. Fue hecho por un Gobierno de izquierdas y no por uno conservador.

¿Cómo analizas la medida del Gobierno sobre la necesidad de ser ciudadano nacional o nacionalizarse para poder comprar tierras en Uruguay?

No tiene ningún efecto práctico.

¿Es una medida gubernamental vacía, de cara a la galería?

La mayor parte de la producción de soja en Uruguay se hace bajo convenios de producción, donde a quien la controla no le interesa ser el dueño de la tierra. Lo que sucede en el sur de Brasil, en Argentina y también en Uruguay es que la propiedad de la tierra no es el elemento clave en las estrategias de desarrollo, porque el que controla la producción hace un convenio de producción a riesgo compartido o bien alquila el predio. No hay un problema de tenencia de la tierra porque no les interesa tener la tierra. Además, son enormes empresas las que, a modo de compañías de logística, están presentes en tres o cuatro países y van rotando de predio en predio. El mayor productor de soja de Argentina casi no tiene tierras propias, lo alquila todo. El debate sobre la tenencia de tierras y sobre quién puede comprar tierras en Uruguay está bien, pero no es ninguna solución de fondo. Tiene que ver más con los discursos, las prácticas y el imaginario de la izquierda de los años 60, que es de donde viene Mujica; no tiene nada que ver con los problemas del siglo XXI. Es cierto que luego Mujica va por ejemplo a Naciones Unidas, a la cumbre de Río+20, y hace un discurso a favor de la austeridad que seguro que todas las organizaciones ambientalistas replican, replican y replican.

De hecho, el discurso al que te refieres del presidente Mujica en Río+20, en junio de 2012, fue aplaudido no sólo por organizaciones ecologistas y ambientalistas, sino por muy diferentes sectores europeos. Entre sus palabras más recordadas: “Tenemos que darnos cuenta de que la crisis de la agresión al medio ambiente no es una causa. La causa es el modelo de civilización que hemos montado”.

Aquel discurso de Mujica está bien. Pero acá dentro su Gobierno es el que más ha atacado la legislación ambiental, el que ha amenazado con desmembrar el Ministerio de Medio Ambiente. Los discursos de Mujica son muy distintos de las prácticas concretas de su Gobierno.

¿En qué consiste tu apuesta por el postextractivismo y las transiciones?

Considero que las actuales estrategias de desarrollo son insostenibles, que hay que cambiarlas y que es urgente hacerlo. Ese cambio necesariamente tiene que ser consensuado con otros sectores de la sociedad. Tengamos presente una cuota de realismo y de humildad: nosotros

por ahora somos sectores minoritarios en esta demanda; las elecciones en Ecuador han dejado eso claro. Y tengamos también presente un contexto en el que estamos frente a Gobiernos de izquierdas y no frente a Gobiernos conservadores. Estamos frente a Estados que reivindican a su manera el nacionalismo y la justicia social. El contexto del debate político para generar más adicciones, más concurrencia ciudadana que demande salir de estrategias negativas como el extractivismo, tiene que ser otro. Y es ahí de donde parte la idea de las transiciones, basadas en una serie de pasos concretos y necesarios para evitar que siga avanzando esta estrategia negativa y para comenzar a ensayar alternativas de salida que ofrezcan ejemplos que aumenten nuestra base democrática y reclamen cambios adicionales.

Esta estrategia de las transiciones también resulta de la experiencia de la *performance* de nuestros compañeros que pasaron a trabajar en los Gobiernos de izquierdas. En muchos casos utilizaron instrumentos convencionales, incluso conservadores, porque no había una suficiente reflexión dentro de esos grupos de izquierda de cómo generar y construir políticas públicas concretas, alternativas. Una vez en el Gobierno tenían que resolver problemas para el mes siguiente y, ante la falta de instrumentos de gestión pública alternativos, terminaron reutilizando los que venían de antes. Por eso la reforma de transiciones explora medidas concretas.

Y el tercer punto es que actualmente, en la mayor parte de los países de América del Sur, se vive un sentido de bonanza, de bienestar. Hay un *boom* de consumo y consumismo en las clases populares; pero las alternativas al desarrollo tienen un fuerte contenido de austeridad. Se hace muy difícil enfrentar este estallido consumista con un discurso de austeridad. Esto requiere un examen muy detallado de cómo reordenar el consumo para permitir seguir aumentando la calidad de vida y no reducirla, para que esas medidas concretas sean vistas como serias y aplicables por la población. Ésta es la iniciativa de las transiciones, en la que participan organizaciones de varios países.

Alguno de los gobiernos actuales defienden la *Pachamama* y el *Buen Vivir* [II] a la vez que apuestan por la minería a cielo abierto. ¿Este mensaje no es incongruente y contradictorio?

La incongruencia del mensaje es visible, pero para darse de cuenta se requiere ponerse a pensarlo y a analizarlo cinco minutos de forma desapasionada, lo que no siempre sucede. ¿Por qué? Porque hay muchos compañeros en muchos movimientos sociales que ahora ven a sus líderes en el sillón presidencial y se produce una adhesión afectiva que para reelaborarla lleva su tiempo. El caso más sorpresivo de debilitamiento del debate político no es el de la *Pachamama*, por ejemplo, de Bolivia; sino de Brasil, el país más extractivista de América Latina. Un hecho que a veces pasa desapercibido.

Brasil es el exportador minero más grande, exporta más y extrae más que todos los países andinos juntos. Es uno de los más grandes exportadores de monocultivos, tiene unos indicadores ambientales urbanos muy malos, está entre los países más violentos del mundo, presenta unos niveles de corrupción política pasmosos que la presidenta Rousseff ha intentado combatir...

II La *Pachamama* es la Madre Naturaleza en la cosmovisión indígena andina. El Buen Vivir es el modo de vida y desarrollo basado en esa cosmovisión.

Y a pesar de todas estas circunstancias, uno no ve un debate ciudadano sobre las estrategias de desarrollo, como sucede por ejemplo en Bolivia, en Perú y en Ecuador. Bolivia es un país mucho más pequeño donde sí se ve un debate nacional instalado sobre la minería, sobre quiénes van a ser los dueños de las mineras, sobre hasta dónde avanzar con la explotación de los hidrocarburos. Hay marchas nacionales y debates con una intensidad increíble. Esto no sucede en Brasil, un país de unos 200 millones de habitantes. Si se mantuviera en la misma proporción que en Bolivia, que en Ecuador e incluso que en Uruguay o Argentina, deberíamos ver grandes movilizaciones en varios estados brasileños, debates en el Congreso, disputas entre académicos; pero esto no sucede. Por eso vuelvo a caer en la reflexión de que aquí estamos no tanto ante un problema político-partidario, sino ante una expresión de un problema cultural de fondo, más profundo o más arraigado, que se resuelve desde ese ámbito cultural.

Otorgas mucho peso a lo cultural, ¿en el sentido de la información, la Educación...?

Con ‘lo cultural’ me refiero a esas ideas que todos damos por aceptadas de cómo entendemos lo correcto o lo incorrecto, nuestro lugar en el mundo, cuál es el papel de la naturaleza, qué se entiende por sociedad, etc. Si vamos a Bolivia y decimos que tenemos que discutir la idea de ‘progreso’, una parte de la población boliviana lo entiende porque culturalmente hay un debate sobre qué significa, sobre qué es avanzar, sobre qué es el progreso en la historia y sobre qué es el progreso científico. Pero cuando desde CLAES organizamos talleres en Brasil y vamos a discutir la idea de progreso, el alcance es muy limitado porque allí no hay un debate extendido sobre qué significa profundamente esa idea. Siguiendo con este país, el lema de la bandera nacional dice ‘Orden y progreso’, pero ¿qué significa el progreso para Brasil? Ese debate no está instalado.

Otro ejemplo sobre esta idea de lo cultural es que, en los países andinos para el caso de minerales e hidrocarburos, y en Argentina y Uruguay para el caso de la agricultura intensiva, se discute sobre los tipos de producción, sobre cómo repartir los excedentes que pueda dar esa producción; pero también hay una discusión de distintas intensidades sobre la viabilidad y el sentido que tiene un modelo basado en la intensificación energética, el alto consumo de los recursos naturales, las maquinarias dependientes del petróleo, etc. Eso explica las discusiones sobre alternativas al extractivismo o el debate sobre el postextractivismo que se dan en estos países. En cambio, en Brasil la discusión alrededor de la explotación de petróleo está dominada sobre cuál es el *royalty* que va a cobrar el Gobierno federal o los estados y sobre cómo se va a repartir ese dinero, pero no hay una discusión sustantiva sobre si es válido o no, sobre si es riesgoso o no explotar el petróleo de la plataforma continental.

¿Y de quién es responsabilidad introducir ese debate: de la propia ciudadanía, de los medios de comunicación, de las instituciones educativas?

Todos son responsables. Todos somos sujetos de cambio, todos tenemos responsabilidad. A fin de cuentas, todo recae en qué puedo hacer yo para promover eso. En el caso de CLAES apostamos por un cierto tipo de papel y un cierto tipo de actividades, y creemos que eso

es necesario expandirlo con otros sectores sociales. No es sencillo, pues en este contexto actual implica coordinación entre movimientos. Una de las cosas particulares de CLAES es que es una organización que se mueve entre varios movimientos; no es una organización específicamente ambiental, sino que en diferentes países tiene contrapartes de diferente tipo y así va construyendo. Hay casos más exitosos y otros menos exitosos. El más exitoso de los últimos años ha sido el de las coordinaciones de varias organizaciones de la sociedad civil en Perú, a la hora de instalar el tema de alternativas al desarrollo. Era un debate casi inexistente hace tres o cuatro años y, en un proceso coordinado de organizaciones muy distintas, se logró promover el tema en el ámbito de la ciudadanía, legitimándolo como un debate válido.

En Ecuador la discusión acerca de las alternativas al desarrollo sí que está sobre la mesa desde hace quizás más tiempo. ¿Cómo encaja entonces la derrota del candidato presidencial Alberto Acosta y los resultados que ha cosechado en las elecciones? Porque su apuesta por ampliar el debate era muy clara...

Es cierto, pero precisamente lo que ha pasado en Ecuador demuestra que había una cuestión cultural de fondo. Buena parte de los actores defensores de la agenda del postextractivismo abandonaron sus roles desde la sociedad civil y se enfocaron en un rol dentro de la sociedad política y, especialmente, en un agrupamiento político. En cambio, la estrategia seguida en Perú fue muy distinta: los promotores del debate se mantuvieron en su mayoría promoviendo la agenda del postextractivismo desde la sociedad civil para influir a todos los partidos y, por lo tanto, esa demanda impactó en todos los partidos; no siguieron una estrategia de concentración para pasar a representarse desde un partido. Por eso la estrategia en Perú se ha mantenido, a pesar de la política nacional del Gobierno de Ollanta Humala. En cambio, en Ecuador ahora la situación es de retroceso, en parte porque un ingrediente clave que faltó en el último tramo de la campaña electoral es la participación de los movimientos como tales en las demandas alrededor del extractivismo. Ese tema, como sabemos quienes seguimos la campaña atentamente y casi día a día, nunca estuvo en los primeros planos de la agenda pública, no se debatió prácticamente desde el ámbito público, no estuvo en la agenda de los medios ni en las entrevistas.

Has denunciado que América Latina vive un estado de emergencia ambiental, ¿la ciudadanía es consciente de este problema?

Buena parte no, porque América del Sur es un continente enorme y está vacío en muchos lugares. A los grandes centros urbanos lo que pasa en el otro extremo de un país les resulta lejano y extraño. Y vuelvo a lo cultural: aquí está profundamente arraigado desde la infancia que todos nuestros países son enormemente ricos y que, por lo tanto, no hay problemas ambientales serios; que éstos sólo están en Europa, en Canadá y en Estados Unidos, mientras que acá nuestros ríos y bosques son enormes y por más que nosotros extraigamos recursos o contaminemos es todo tan grande que siempre nos quedarán muchas áreas silvestres. En definitiva, se piensa que estamos muy lejos de entrar en una fase de balance negativo.

Pero es una idea claramente equivocada. Los indicadores de contaminación ambiental por prácticas agropecuarias en el sur de Brasil, en Uruguay y en el centro y norte de Argentina son los mismos que hay en Francia y en Alemania. El grado de deterioro que tenemos es ya muy importante; sin embargo, culturalmente no se ve como una emergencia, a lo que contribuyen las estrategias de estos Gobiernos. Por ejemplo, respecto a Evo Morales y la *Pachamama*, lo que ha hecho el Gobierno boliviano es una transformación de la idea misma de *Pachamama* como derechos del ambiente, de la naturaleza y de la tierra que siempre eran locales: lo que pasaba alrededor mío porque yo era parte de ese entorno cercano. Todo ese discurso el Gobierno boliviano lo ha transformado en una discusión global: los derechos de la *Pachamama* los ha transformado en los derechos de la Tierra, entendida como Planeta. A partir de ahí, puede decir que explota sus recursos naturales porque lo que le preocupa es lo que le pasa a toda la biosfera, y en eso se diluyen totalmente las exigencias de ámbito nacional y local. Esa reflexión tiene un fuerte apego de mercadotecnia que le encanta a la prensa y a muchos grupos ambientalistas, especialmente en el Norte, pues lo pueden adosar a sus demandas de cambio climático frente a sus Gobiernos.

En estos momentos hay varias crisis: económica, financiera, ecológica, de agua, energética y, en general, sistémica. ¿Cuál es la que más te preocupa?, ¿hay alguna por la que se pueda empezar a parar esta rueda o todo va unido?

Todas marchan entrelazadas. Es muy difícil prever cuál de ellas llegaría a un punto crítico que implicaría un colapso a escala continental o incluso global. Actualmente se discuten varios candidatos: un proceso de extinciones secuenciales vinculadas a un ritmo muy alto; un proceso de creciente acidificación de los océanos y expansión de lo que se consideran áreas muertas en las costas oceánicas, casi siempre en la desembocadura de grandes ríos; un colapso por cambio climático que sería un aumento drástico en eventos extremos como inundaciones o sequías; la incapacidad de conseguir fuentes alternativas al petróleo y la amenaza de entrar por lo tanto en una crisis de disponibilidad de hidrocarburos; etc. Otro de los elementos que discutimos mucho en las transiciones es el mensaje de que la crisis va a suceder y que los países latinoamericanos que mejor se preparen para preservar sus recursos y utilizarlos de la mejor manera probablemente sean quienes puedan sobrellevar esa crisis con mayores probabilidades de superarla. Me preocupan todas esas crisis por igual.

Y en el caso de Uruguay, ¿está el país preparado para hacer frente a estas crisis?

Uruguay es totalmente distinto al resto porque es un país con sólo tres millones y medio de habitantes, casi vacío, que no funciona como los demás. Es poco más grande que Holanda, Bélgica y Luxemburgo juntos. Prácticamente todo es cultivable, en todo el territorio se puede hacer ganadería y tiene una buena plataforma creciente de energías alternativas como la eólica. Uruguay tiene problemas de otro tipo.

¿Cuáles son los problemas de Uruguay?, ¿por dónde debería ir su futuro?

Uruguay tiene unos márgenes de maniobra muy amplios, precisamente por su baja población y por su dotación agropecuaria. La marcha del país está asociada y muy enganchada con los procesos de integración regional: va a seguir o va a estar condicionada por lo que suceda con Argentina. Hay una discusión en marcha fuerte hacia el futuro, pero tiene limitaciones importantes porque los indicadores económicos convencionales de Uruguay son extraordinarios: prácticamente no hay desempleo, el país tiene problemas para conseguir trabajadores, importa a trabajadores, tiene incluso mejores índices de producción industrial que Chile... Para el marco clásico cultural, los indicadores, sobre todo los macroeconómicos, son extraordinarios. A su vez hay un discurso internacional que avala todo esto: es uno de los pocos países del mundo donde las calificadoras de riesgo consideran que sería inmune, fíjense la palabra que usan, ¡qué petulancia!, ¡inmune!, a una posible crisis global.

Autores

M^a Ángeles Fernández es periodista freelance especializada en información internacional, globalización y desarrollo. Sus trabajos se pueden leer en más de una decena de publicaciones



de diferente ámbito: desde medios regionales como Vivir Extremadura, a internacionales como Reforma; desde periódicos generalistas como Público o ABC, a medios más especializados como Periodismo Humano. Desde revistas como Runners o Energías Renovables, a medios económicos como Capital o Emprendedores, pasando por revistas como Pikara, Yo Dona, Otramérica, FronteraD o Pueblos. El Periodismo fue su primer medio de transporte y también su primera ventana al mundo. El deseo y la inquietud de no detenerse, avanzando o retrocediendo, le han llevado a variopintos lugares, nuevos estudios y renovadas dudas. Es coautora del libro *Así ven ÁfricaS*

nuestros informadores (2009, EuroEditions y Fundación Sur) y voluntaria de varias organizaciones sociales. En Ediciones Crac es coautora del e-book de entrevistas *Diez encuentros incómodos con América del Sur*.

J. Marcos es un (foto)periodista freelance, labor que ejerce para medios nacionales y extranjeros como Yo Dona, Tiempo, The Arizona Republic (EEUU), Rockdelux, Reforma (México), Pueblos, Proceso (México), Pikara Magazine, Periodismo Humano, Otramérica, La Voz (EEUU), La Razón (Bolivia), FronteraD, euroXpress, Escape (Bolivia), Energías Renovables, Emprendedores, E'a (Paraguay), Cuadernos de Periodistas, Cambio 16, Alerta y ABC. Por nombrar algunos y hacerlo, para llevar la contraria, en orden alfabético de los pies a la cabeza. Ha contado historias desde más de una docena de países. Padece curiosidad crónica: observa, escucha, analiza, aprehende, critica. Dibuja con palabras y mira con fotografías. Valora la pregunta como forma de ser y de estar: no tuvo más remedio que hacer un guiño a la Filosofía. Va de allí para acá mientras saborea los caminos secundarios. Últimamente se dedica a no encajar en la mayor cantidad posible de lugares. Es autor de *RASGADOS. Un viaje a la adopción internacional España-China* (2010, Ediciones Noufront y Casa Asia) y coautor de *Así ven ÁfricaS nuestros informadores* (2009, EuroEditions y Fundación Sur). En Ediciones Crac publica el libro de entrevistas *Diez encuentros incómodos con América del Sur*, en octubre de 2013.



Periodismo. Textos y fotografías por caminos secundarios. Desplazados.org pone el corazón y la mirada en la misma dirección: la intrahistoria de quienes carecen de espacios; un cuestionamiento a contracorriente de las convicciones.



Ediciones Crac es una editorial online de libro-reportajes en formato e-book. La publicación de los mismos atiende a criterios rigurosamente periodísticos, dándole prioridad a aquellos relacionados con asuntos locales y de temática social, política o económica que denuncian determinadas prácticas políticas o empresariales. Además, desde Ediciones Crac se pretende dar un impulso a la formación complementaria de los periodistas e investigadores, por lo que también programa cursos on-line especialmente dedicados a estos profesionales.

Más información: info@edicionescrac.com

M^a Ángeles Fernández
J. Marcos

Uruguay Inmune

"La gran crisis no es ecológica, es política. El hombre no gobierna hoy, sino que las fuerzas que ha desatado lo gobiernan al hombre". Es una de las muchas frases que marcó el histórico discurso del presidente de Uruguay, José Alberto Mujica, en la conferencia Río+20 en junio de 2012.

Un discurso que fue visionado, comentado y aplaudido por cientos de miles de personas en todo el mundo y que despertó un enorme interés mediático sobre ese país y su gobernante, apodado "el presidente pobre" por su renuncia a las comodidades habituales del cargo. Pero, ¿Es coherente Mujica con sus propias palabras? ¿Y es realmente Uruguay el pequeño vergel autosuficiente de América del Sur? El investigador Eduardo Gudynas dibuja en esta entrevista a un presidente pragmático cuyo Gobierno es "el que más ha atacado la legislación ambiental" uruguaya

El encuentro con Gudynas que conforma este 'Uruguay Inmune' abre el e-book de entrevistas 'Diez encuentros incómodos con América del Sur', publicado por Ediciones Crac en octubre de 2013.

CRAC
CRAC
ediciones

www.edicionescrac.com

Uruguay Inmune (Entrevista a Eduardo Gudynas)

M^a Ángeles Fernández
J. Marcos

CRAC
ediciones